

FLORENCIA BONELLI

Caballo de fuego GAZA

MÁS DE
1.000.000
DE EJEMPLARES
VENDIDOS

Florencia Bonelli

Caballo de fuego 3. Gaza

Trilogía Caballo de fuego 3

Esencia/Planeta



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Florencia Bonelli, 2022

© Grupo Editorial Planeta S.A.I.C., Argentina, 2022

De esta edición:

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: © Valentino Sani / Arcangel

Mapas del interior: © Alvar Salom

Primera edición en Colección Booket: julio de 2022

Depósito legal: B. 9.963-2022

ISBN: 978-84-08-26060-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

*Feria Internacional de Aviones de Farnborough,
Hampshire, Inglaterra. Julio de 1998*

Donatien Chuquet llegó con dos horas de antelación a su cita en la feria de aviones más famosa del mundo. La conocía bien de sus años como oficial de *L'Armée de l'Air*, cuando la visitaba en representación de la fuerza para evaluar los avances de la aeronáutica y después informar a sus superiores.

En esa oportunidad, no representaba a *L'Armée de l'Air*. Sus días como piloto de guerra habían terminado abruptamente cuando, tras someterlo a un juicio sumario, lo devolvieron a la vida civil por haberse demostrado graves irregularidades en su desempeño como instructor de vuelo en la base aérea de Salon-de-Provence. El hijo del general Managel, un recluta mediocre que a buen seguro no habría pasado el examen final, lo acusó de exigirle dinero para aprobarlo. A partir de esa acusación, las demás cayeron con efecto dominó. Se dio cuenta de que en la fuerza tenía más enemigos que amigos y, en menos de dos meses, se vio degradado y expulsado.

Ahora trabajaba como piloto de pruebas *free lance* para las constructoras aeronáuticas Dassault, Northrop Grumman y Safran, que si bien pagaban poco, le permitían continuar a los mandos de los mejores cazas del mundo. Los fines de semana se humillaba en un aeródromo pilotando avionetas, ya fuese para que paracaidistas aficionados viviesen un momento de excitación o para pasar frente a las playas de Royan con anuncios publicitarios. Dos divorcios y cuatro hijos constituían una

carga pesada y no podía darse el lujo de volverse quisquilloso. Aceptaba el trabajo que le ofreciesen.

Esa tarde, en la feria, pilotaría el Rafale, la nueva joya de Dassault, que reemplazaría al Mirage. Dos potenciales compradores observarían sus acrobacias a través de binoculares desde la plataforma con sombrillas y mesas dispuestas en la galería del Farnborough Business Park, mientras bebían champán y negociaban por aviones que costaban más de cuarenta millones de dólares.

Había llegado con dos horas de anticipación porque, antes de pilotar el Rafale, se encontraría con un desconocido. Por el acento, Chuquet habría apostado a que era árabe. Lo había llamado dos días atrás y tratado con una cortesía rayana en la obsecuencia.

—Un amigo nos ha sugerido su nombre para un trabajo muy delicado que mi jefe desea emprender, monsieur Chuquet.

—¿Qué amigo?

—Nada de nombres por teléfono, si no le molesta. —Tras una pausa, el hombre dijo—: Sé que estará en la feria de Farnborough. —Ese dato alarmó a Chuquet, porque no le había comentado a nadie que viajaría a Inglaterra para el evento aeronáutico del año—. Volando el Rafale para Dassault —añadió el misterioso interlocutor.

—¿Cómo lo sabe? Esto no me gusta nada.

—Monsieur Chuquet, usted nos interesa desde hace un tiempo y hemos estado investigándolo y siguiéndole la pista.

—¿Quién es usted? ¿A quién representa?

—Represento a quien podría pagarle una fortuna que le permitiría vivir retirado y tranquilo en una isla caribeña o del Pacífico, a elección suya.

Con eso lo había convencido de encontrarlo en el bar de la feria. Desde una mesa y sin quitarse las gafas de sol espejadas, miraba en derredor, aunque resultaba difícil individualizar a un hombre con aspecto de árabe en el gentío. A lo lejos, tras las ráfagas de fuego que emergían de las toberas de un F-15, leyó un gran cartel: SUCCESS IS IN THE AIR, el eslogan de la feria. Estaba de acuerdo, el éxito estaba en el aire. Desde la Segunda Guerra Mundial, había quedado claro que la supremacía en

una contienda bélica la definía quien contase con la mejor flota de aviones.

El timbre del móvil lo sobresaltó. Atendió deprisa.

—*Allô?*

—Chuquet, soy yo. Normand Babineaux.

—Ah, Normand —contestó desilusionado.

—Imagino que no te divierte oír mi voz porque crees que te pediré que me devuelvas los cincuenta mil francos que te presté hace dos meses.

—No, no, Normand. Me alegra escucharte. —Era de los pocos amigos que conservaba de la época de piloto de guerra; en realidad, era de los pocos amigos que tenía—. Sucede que estoy esperando a una persona desde hace media hora. Pensé que me llamaba. ¿Desde dónde me llamas? ¿De París?

—No. Estoy en Arabia Saudí.

—¿Qué haces en ese país de mierda? —Chuquet no guardaba un buen recuerdo de sus días en la base de Al Ahsa, durante la guerra del Golfo.

—Adiestrando pilotos saudíes, por cuenta de Mercure.

—¿La empresa de Eliah Al-Saud?

—Ajá.

De Al-Saud tampoco guardaba un buen recuerdo. «Maldito hijo de puta.» Cuando le dieron de baja en *L'Armée de l'Air* le pidió trabajo en su empresa, y Al-Saud se negó interponiendo una excusa estúpida. Semanas después se enteró de que había contratado a Matthieu Arceneau, a Lorian Paloméro y a Dimitri Chavanel, todos buenos aviadores, pero cuyas habilidades no podían compararse con las de él ni con sus miles de horas de vuelo. Lo había humillado, tal vez como revancha por los duros años de adiestramiento en la base aérea de Salon-de-Provence. «Debería estarme agradecido. Hice de él el mejor piloto de su generación.» Sí que era bueno el hijo de puta. Muy bueno. Imposible olvidar su desempeño en la guerra del Golfo, que le había valido dos condecoraciones. La destreza de su antiguo recluta lo superaba con creces, y eso también lo ponía de mal humor.

—Espero que el sueldo que te paga Al-Saud compense toda la arena y el calor que debes de estar tragando.

—Los compensa, no lo dudes. Además, hemos podido darnos un gusto que jamás creímos posible. Hemos pilotado un Su-27.

—¿Desde cuándo los saudíes tienen aviones Sukhoi?

—No, los saudíes no, sino *un* saudí, uno muy excéntrico, primo hermano de Eliah. Se lo compró al gobierno sirio y lo mantiene en un hangar de la base aérea en Dhahran.

—Y ¿qué tal? —preguntó, procurando esconder la envidia.

Babineaux se explayó en la descripción casi poética del vuelo del mejor avión de fabricación rusa y uno de los mejores del mundo.

—El primero en probarlo fue Al-Saud y, para fanfarronear, cuando regresó a la base, nos hizo la cobra de Pugachev.

Apretó de modo maquinal el pie de la copa de champán. Al levantar la vista, divisó a un hombre de aspecto impoluto —traje oscuro, camisa con pechera azul y cuello y puños blancos, y gemelos— que elevaba su vaso en dirección a él y le sonreía. Su cita acababa de mostrarse.

—Normand, tengo que dejarte —lo cortó de pronto—. Acaba de llegar la persona que estaba esperando.

Se despidieron con promesas de llamarse más tarde. Al comprobar que Chuquet guardaba el móvil, el hombre bien vestido abandonó su mesa y se aproximó. Le sonrió mientras le extendía la mano y se presentaba.

—Mi nombre es Sami Al-Quraíshi.

—Chuquet.

—Sí, lo sé. Oh, no, no —se apresuró a decir Al-Quraíshi cuando Chuquet lo invitó a sentarse—. Mejor movámonos, recorramos los *stands* de la feria. ¿Ve a aquellos caballeros de traje negro y binoculares? Los que están cerca del Tornado y simulan ver el espacio aéreo. —Chuquet asintió—. Pues son de la CIA y no me gustaría llamar su atención.

Caminaron entre el gentío que se aglomeraba en los puestos de exposición de las distintas empresas relacionadas con la aviación. Al-Quraíshi se aproximó al de Sukhoi y agarró varios folletos. Los hojeó como si estuviese solo.

—¿Quién le sugirió mi nombre para el trabajo del que va a hablarme?

—En realidad, surgió de una investigación.

Al darse cuenta de que Al-Quraíshi no aportaría más detalles, Chuquet se mostró impaciente al hablar.

—Me dijo que tenía un negocio que proponerme. En una hora tengo que pilotar un avión para Dassault. No tengo mucho tiempo.

Al-Quraíshi rio por lo bajo, con talante condescendiente.

—Occidentales —murmuró—. Siempre apurados.

—Podrá decir lo que quiera de los occidentales, pero, hasta donde yo sé, somos nosotros los que gobernamos el mundo.

Al-Quraíshi levantó la vista de golpe y miró a Chuquet con hostilidad.

—Eso no siempre será así.

—¿Ah, no?

—No. Llegará el día en que el mundo árabe le hará pagar a Occidente todas y cada una de las ofensas. —Contrariado por su exabrupto, se tocó el nudo de la corbata y carraspeó—. Vayamos a nuestra propuesta, monsieur Chuquet. Mi jefe necesita de su experiencia y de su habilidad para elegir a dos pilotos e instruirlos para una misión altamente delicada. Deberá hacerse en el menor tiempo posible, por lo que su disponibilidad será exclusiva para este trabajo.

—¿Qué tipo de misión?

—Los detalles se los daré si acepta entrar en tratos con nosotros.

—Señor Al-Quraíshi, no pretenderá que tome una decisión de esta índole con la información paupérrima que está dándome.

—Sabe lo que necesita saber. Usted fue instructor de vuelo, ¿verdad? —Chuquet asintió—. Sabe cómo lidiar con los pilotos, ¿no es así? —De nuevo, un asentimiento—. Pues bien, eso es lo que tendrá que hacer. Sabemos que sus finanzas están más que al rojo. Al rojo vivo, me atrevería a decir. Esa deuda de treinta mil francos con la tarjeta de crédito Visa le quita el sueño. Los intereses están devorándolo.

—¿Cómo sabe eso? —Chuquet se alejó de modo instintivo—. ¿Quién es usted? ¿Quién es su jefe? ¿Cómo se atreve a meterse en mis cuestiones financieras?

—Todo a su tiempo, monsieur Chuquet. Le daré un dato más que lo tranquilizará. —Sacó una pluma de oro y escribió una cifra en un folleto de Sukhoi—. Este será el monto total que recibirá por su trabajo. El veinte por ciento al comienzo, otro veinte por ciento a los tres meses y el sesenta restante si la misión se concluye con éxito.

Las cejas de Chuquet se elevaron en un gesto elocuente.

—Al menos, dígame quién es su jefe.

—Saddam Hussein —respondió Al-Quraíshi, y le destinó una sonrisa.

Días más tarde, Chuquet descubrió que los cuatro millones de dólares que le pagarían por adiestrar a dos pilotos en una misión que aún no le habían detallado también servían para cubrir otro servicio: informar acerca de la constructora aeronáutica Dassault, en especial acerca del aeródromo ubicado en la planta de Istres, al sur de Francia, donde la compañía probaba sus cazas. Respondía a las preguntas que Al-Quraíshi y otro hombre, que no se presentó y que sabía de aviones de guerra, le formulaban en una oficina de la embajada de Irak en París. Su instinto le susurraba para qué utilizarían la información, más allá de que su sentido común le dictaba que se trataba de un disparate.

Pasaron diez días antes de que su instinto probase que estaba en lo cierto: los iraquíes se metieron en las instalaciones de Dassault y mataron a un piloto de prueba que se estaba poniendo el chaleco anti-G en el vestuario para que un impostor tomara su lugar. Nadie se percató del cambio porque lo habían elegido de la misma complexión física y porque se aproximó al Rafale con el casco puesto y la visera negra baja. Abordó el caza, despegó, ejecutó unas pruebas y desapareció. Desde la torre intercambiaban miradas incrédulas mientras le exigían al piloto que retomase la rutina. Obtuvieron como respuesta el sonido que se produce cuando se corta la comunicación radial.

Chuquet se enteró al día siguiente gracias al titular de *Le Figaro*: «Intento fallido de robo de un Rafale». En la entradilla

decía: «El piloto, de identidad desconocida, lo sustrajo del aeródromo de Dassault en Istres». En el cuerpo del artículo se aclaraba que la compañía había dado inmediato aviso a *L'Armée de l'Air*, que en cuestión de minutos había localizado el Rafale sobre el mar Mediterráneo. Una pareja de Mirage 2000 lo alcanzó mientras sobrevolaba la isla de Córcega y se colocó a ambos lados del Rafale. Como no existía comunicación a través de la radio, el Mirage de la derecha se balanceó y movió las alas, una señal conocida entre los pilotos que significa «sígueme». El Rafale aceleró hasta romper la barrera del sonido. Los cazas franceses se lanzaron en su persecución. El Rafale iba con su armamento. Finalmente, tras una *dogfight*, la nueva joya de Dassault fue alcanzada por un misil aire-aire MICA RF, que lo convirtió en una bola de fuego antes de desintegrarlo.

A pesar de que el artículo había terminado, Chuquet mantenía la vista en la última frase. «Hasta el momento, se desconoce el motivo o la identidad de los que pergeñaron el robo del Rafale.» Le costaba dar crédito a lo que acababa de leer y, sin embargo, era verdad. El mundo no sabía que los iraquíes se hallaban detrás de la operación. Él sí, y, por conocer esa pieza de información, su vida estaba en juego. Se echó en un sillón, de pronto abrumado por la revelación.

Sami Al-Quraíshi lo llamó al día siguiente, y Chuquet le notó el ánimo sombrío en el tono de voz. Se reunieron en el Café Le Paris, sobre la avenida de Champs Élysées, muy tranquilo porque no era visitado por turistas. Ocuparon una mesa solitaria. Chuquet miró a los parroquianos sintiéndose acechado.

—¿Ha evaluado nuestra propuesta, monsieur Chuquet?

—Sí, y he decidido aceptar.

—Bien.

—Vamos al grano, señor Al-Quraíshi. ¿Cuál es la misión que van a encomendarme?

—Pondremos en sus manos a un grupo de pilotos, de entre los cuales tendrá que elegir a dos. Los dos mejores.

—Eso ya me lo dijo. La pregunta es: ¿los dos mejores para qué?

—Para que entren, sin autorización, claro está, en el espacio aéreo de dos países para llevar a cabo una misión secreta.

—Eso sería pan comido si, por ejemplo, tuviesen que entrar en el espacio aéreo de... Somalia o Timor Oriental. Otra cosa sería si el espacio aéreo fuese el inglés. Ni hablar del norteamericano.

—Se trata del espacio aéreo de Israel.

—*Quoi!*

—Baje la voz, por favor, monsieur Chuquet. También habría que entrar en el espacio aéreo saudí.

—¿Ha perdido el juicio? No existe espacio aéreo en el mundo más custodiado que el israelí. El que intente penetrar en él no vivirá para contarlo.

—Nadie le exige que el piloto regrese con vida, monsieur Chuquet. Solo pedimos que cumpla la misión antes de morir. —Donatien Chuquet se quedó mirándolo, pasmado—. No me mire así, monsieur Chuquet. Usted sabe que puede hacerse.

—Sí, es posible —admitió, y ganó algo de dominio—. No solo dependerá de la destreza extrema del piloto, sino del avión. ¿Acaso planeaban hacerlo con el Rafale?

Sami Al-Quraíshi sonrió con sarcasmo, y Chuquet cayó en la cuenta de que estaba apretando el estómago hasta convertirlo en una piedra.

—Como sabrá por los periódicos, todo se fue al traste.

—¿Acaso la Fuerza Aérea de Irak no cuenta con dos Mig o con dos Mirage para esta misión? Los recuerdo bien armados de la época de la guerra del Golfo.

—La Fuerza Aérea de mi país es un montón de chatarra. Tenemos prohibido comprar repuestos para nuestros aviones de guerra. Adquirir los repuestos en el mercado negro está fuera de discusión. Es muy arriesgado. Necesitamos tener la certeza de que son piezas originales. Todo tiene que ser perfecto. Nada puede fallar. Usted, monsieur Chuquet, olvídense de los aviones. Nosotros los conseguiremos. Sabemos cuáles son los mejores

para esta misión. Su trabajo consistirá en preparar a dos pilotos. Nada más.

—¿Dónde se llevará a cabo la selección y el entrenamiento?

—En Irak.

Capítulo I

*Domingo, 13 de septiembre de 1998
Hospital Chris Hani Baragwanath,
Johannesburgo, Sudáfrica*

La Diana se levantó de la silla al avistar la figura de Markov, que se aproximaba por el pasillo con dos vasos térmicos de café, el de ella, muy fuerte, con crema y dos sobres de azúcar; su compañero ya le conocía el gusto. No hizo ademán de avanzar; se quedó de pie, con la mirada fija en él, que llevaba los ojos velados por unas gafas oscuras. Le entregó el vaso sin hablar, sin emitir un saludo, tan solo esbozó una sonrisa que se desvaneció enseguida, mientras se colocaba las gafas sobre la coronilla.

—Gracias, Markov. —Aunque no había vuelto a llamarlo Sergei, se sentía a gusto en su presencia, sin la tensión del pasado—. Uf, necesitaba un trago de café. La noche ha sido larga.

—¿Alguna novedad? —La Diana negó con la cabeza—. Acaba de llamarme el jefe.

—¿Qué cuenta?

—Nada. Simplemente ha preguntado por la doctora Martínez. No puede quitársela de la cabeza.

La Diana y Markov intercambiaron una mirada significativa. Tiempo atrás, un comentario de esa índole, tan personal, habría desatado el desdén o la burla de la joven bosnia. En ese momento, le afectó. Resultaba infrecuente que un soldado duro

como Markov se conmoviera con la tristeza mal disimulada de un hombre enamorado. Apartó la vista, acobardada por la energía que emanaba del ruso. Desde aquella tarde en que Markov la ayudó a descender del risco en el Congo, su relación había adoptado otro cariz, aunque ella no acertaba a definir cuál. A sus compañeros no les extrañaba verlos juntos la mayor parte de la jornada; de hecho, a La Diana parecía faltarle algo cuando Markov, en los ratos de descanso, se retiraba a leer en la hamaca tejida. Ella buscaba excusas para interrumpirlo, aunque a veces se refrenaba porque temía que el ruso malinterpretase su deseo de pasar tiempo con él. En verdad, ¿por qué lo buscaba? ¿Para qué? Deseaba alimentar la incipiente amistad; ella no tenía amigos, los había perdido en la masacre de Srebrenica, en el 95, y añoraba volver a sentir el cariño y la camaradería que algunos vecinos y compañeros de colegio le habían inspirado. Con todo, debía admitir que cuando Markov fijaba sus ojos grandes y oscuros en los de ella experimentaba sensaciones nuevas que sus amigos bosnios jamás le habían provocado.

Se abrió la puerta, y Matilde, ayudada por su amigo Ezequiel Blahetter y escoltada por Juana Folicuré, salió dando pasos indecisos.

—Buenos días, Sergei. Buenos días, La Diana —saludó, y, si bien les sonrió, se trató de una mueca triste y sin luz.

—Buenos días, Matilde —le respondieron al unísono.

—Quiere ir a visitar a Kabú —explicó Ezequiel.

—Yo les acompaño —manifestó Markov—. El turno de La Diana acaba de terminar.

—Gracias, La Diana —farfulló Matilde de modo casi inaudible, y se sujetó el bajo vientre en el sitio donde había penetrado la esquirla de la granada lanzada por unos rebeldes congoleños en la Misión San Carlos, cercana a la ciudad de Rutshuru.

—¿Te duele? —se preocupó Blahetter.

—Me tiran los puntos.

—¿Querés volver a la cama?

—No, no. Vamos. Quiero ver a Kabú. Sergei, ¿ha llamado Eliah?

El ruso negó con la cabeza; el jefe le había prohibido que mencionase sus llamadas diarias a Matilde. Aunque acostum-

brado al rigor militar y a cumplir las órdenes, Markov se cuestionó hasta cuándo aguantaría antes de contarle la verdad; le partía el corazón descubrir el desconsuelo en el rostro enflaquecido de la doctora Martínez.

—Si llamase, ¿podrías decirle que quiero hablar con él? Es por Jérôme. No le voy a robar mucho tiempo —aclaró, y el guardaespaldas asintió—. Vamos.

Markov lanzó un vistazo a La Diana antes de unirse a Matilde y a sus amigos. La Diana quedó prendada de esa mirada fugaz. Se preguntó si lo que crecía entre ella y Markov se parecía a lo que existía entre Matilde y Blahetter, una relación que no tenía problema de identificar con la existente entre ella y su hermano Sándor.

Antes de desaparecer en el pasillo que se abría a la derecha, Markov giró y volvió a sostenerle la mirada. La Diana supo, al fijar sus ojos celestes en los casi negros del ruso, que jamás podría verlo como Matilde a Blahetter, o como ella a Sándor.

En la sala donde se hospedaba Kabú, que ya había superado con éxito una cirugía reconstructiva, le informaron de que el niño y su acompañante, *sœur* Angelie, habían ido a visitar al enfermo de la habitación 451, el señor Nigel Taylor. Matilde dudó y miró a Juana y a Ezequiel, que la acompañaban. No estaba preparada para enfrentarse a quien había ocasionado la ruptura con Eliah. Juana sostenía que, en realidad, lo había perdido por sus escrúpulos idiotas —ese calificativo había empleado—, por desconfiar siempre de él y por haberlo humillado al manifestarle que no lo respetaba.

—Disculpame, Mat —le había expresado días atrás—, pero el papurri tiene los huevos al plato con tanta acusación y pelea. Primero lo de la bruja de tu hermana Celia y ahora lo del inglés pirata.

—Tenés que admitir, Negra —intervino Ezequiel—, que las fotos que Mat recibió eran para enloquecer a cualquiera.

—El papurri, querido amigo mío, tenía derecho a dejársela chupar por quien le diera la regalada gana mientras no estuviese comprometido con Mat. Y cuando estuvo con Gulemale, Matilde y él no habían vuelto.

—¿Por qué me mintió cuando le pregunté si entre Gulemale y él había algo?

Juana elevó los ojos al cielo y soltó un chillido exasperado.

—¿Podrías explicarle vos, Ezequito, que ningún hombre lo admitiría en su sano juicio? Yo ya no tengo paciencia. La próxima, la emboco, con herida de esquirra y todo.

—La Negra tiene razón, Mat. Si la tal Gulemale no significaba nada para él, solo sexo, era al vicio angustiarte con eso. De todos modos, Negra, enterarse de lo de la esposa de Nigel Taylor fue muy duro.

—¡Claro, la esposa de Nigel Taylor! Una santa paloma. Bipolar, medicada, alcohólica y ninfómana. —Juana se calló de repente y adoptó una actitud meditabunda, inusual en ella. Habló unos segundos después—: Me pregunto qué diría de todo esto tu psicóloga, Mat.

—¿A qué te referís?

—Me refiero a este permanente boicot que le hacés a tu amor por Eliah.

—¿Boicot? ¡Él se boicotea solo!

—No seas ridícula. Has estado buscándole el pelo al huevo desde el principio. No te permitís ser feliz, como si no merecieras la dicha que él está dispuesto a darte a manos llenas. Te castigaste un día tiempo atrás (no hace falta que te diga qué día), te definiste como una inservible, como una inútil sencillamente por no tener ovarios y, desde entonces, solo pensás en cómo pagar por tu pecado. Por eso te convertiste en sierva del mundo, en la médica abnegada que cura a los más pobres y que arriesga la vida en lugares de mierda como el Congo. ¡No querés ser feliz porque pensás que no te lo merecés! ¡Y por eso te boicoteás siempre!

—¡Basta, Juana! —intervino Ezequiel cuando Matilde empezó a lloriquear.

—¡Uf! —resopló, y abandonó la habitación. Regresó dos horas más tarde, tranquila y contenta porque había hablado con Shiloah y hecho planes para encontrarse una vez que diesen de alta a Matilde.

—Dejanos solas, Ezequito.

—Ahora que volviste, iré al hotel para darme un baño.

Ezequiel besó a Matilde en la frente y se marchó. Juana se sentó en el borde de la cama y dirigió la vista hacia la ventana.

—Cuando te sacaron de cuidados intensivos y te trajeron a esta habitación, todavía muy sedada, Eliah se sentó ahí. —Señaló una silla situada a la izquierda de la cabecera—. Se quedó mirándote con mucha fijeza. Por mucho tiempo no pestañeó. Estaba claro que no podía apartar los ojos de vos, como si tuviese miedo de perderte de vista. —La garganta de Matilde se volvió pesada y no consiguió articular palabra—. Yo comenté en voz baja: «Verla así, tan pálida y quieta en la cama, me hace acordar del día en que la operaron y la vaciaron, cuando tenía dieciséis años». Eliah no dijo nada en un rato. Después me pidió: «Juana, contame de nuevo qué pasó cuando los médicos le dijeron que le habían extirpado los órganos reproductores». Y le conté. Con detalle —aclaró—, porque nunca me voy a olvidar de esa tarde, en el Sanatorio Allende. ¡Cómo odio ese sanatorio! ¿Te acordás de que la tele de la habitación funcionaba a monedas que teníamos que comprarle a ese imbécil que parecía Larguirucho? ¡Qué tipo pelotudo!

—¿Qué le contaste a Eliah? —susurró Matilde, en una voz que ni ella ni Juana reconocieron, áspera, ronca, grave.

—Le conté que estábamos Eze, tu abuela y yo. Tu abuela, con cara de culo, por supuesto, como corresponde a una mujer mal cogida o no cogida, debería decir. Disculpame, Mat, pero es así.

—¿Qué le contaste? —insistió.

—Le conté que el médico había sido bastante bestia. Lo vi cerrar los puños. Creo que si Eliah hubiese tenido al doctor López Serrat cerca lo estrangulaba. Le conté también que, en un primer momento, no entendiste o no quisiste entender lo que López Serrat estaba diciéndote. Le conté que sonreías y que nos mirabas a todos, y que, cuando te diste cuenta por nuestras caras de que la cosa era grave, empezaste a agitarte, a balbucear y a lloriquear. Matilde —dijo Juana, e impostó la voz para imitar al cirujano—, he tenido que sacarte todo, el útero, los ovarios, las trompas, todo. No había posibilidad de salvar nada. Las células malignas se habían esparcido por todo tu aparato reproductor. Hemos sacado todo, repitió López Serrat, como si no lo

hubiésemos entendido. El muy imbécil. Le conté que después te dijo que tendrías que someterte a químio, pero que vos no lo escuchabas porque llorabas en los brazos de Ezequiel, mientras le preguntabas: «¿Eso quiere decir que no voy poder tener hijos? Eze, ¿eso quiere decir que no podré tener bebés?».

La voz de Juana se quebró. Matilde, en cambio, guardaba la compostura. Paradójicamente, sentía paz. En tanto Juana evocaba una de las peores tardes de su vida y ella recreaba cada palabra, cada gesto, cada sentimiento, no padecía el dolor y la desolación que le habían causado a los dieciséis años. En aquel momento había creído que no le quedaba nada, que un bisturí había arrasado con todo, que su vida no valía dos centavos, que su cuerpo era un páramo y que su presencia en el mundo carecía de sentido. Sin embargo, después de haber amado a Eliah Al-Saud y a Jérôme Kashala, le importaba un comino si tenía los ovarios en su lugar.

Matilde estiró el brazo y acarició el cabello negro, lacio y brillante de Juana, que le atrapó la mano entre las suyas y la besó. Descansó la mejilla en el dorso y apretó los párpados.

—¡Odio todo lo que tuviste que sufrir! ¡No soporto pensar en el dolor que tuviste que atravesar!

—Si no hubiese atravesado ese dolor, no habría estudiado medicina. Habría estudiado abogacía para sacar a mi papá de la cárcel.

—¿Y? —se impacientó Juana.

—Si no hubiese estudiado medicina, no habría viajado a París y, por ende, no habría conocido al amor de mi vida. Si no me hubiese peleado con Eliah en París, probablemente no habría viajado al Congo; me habría terminado quedando con él. Si no hubiese viajado al Congo, no habría conocido a mi hijo, a Jérôme, que no es el hijo de mis entrañas, sino el de mi alma.

—Fue el hijo de tus entrañas en otra vida, no lo olvides —bromeó Juana, mientras se secaba los ojos con el embozo de la sábana—. Para mí, lo que dice N'Yanda es palabra santa. —Juana cobró fuerzas para expresar—: Y no digas que te habrías quedado en París porque no es cierto. Habías decidido dejar al papurri porque no podías darle hijos, así que no me vengas con esa.

—Eliah tiene tanto poder sobre mí —suspiró Matilde, exhausta, y se acomodó sobre la almohada.

—El dice que *vos* tenés poder sobre él. —Ante la mueca de asombro de Matilde, Juana se explicó—: Después de que le conté acerca de la tarde en que te enteraste de que te habían sacado todo, se quedó callado, con los ojos brillantes. Ni por un instante apartó la vista de vos. Parpadeó, y se le cayeron las lágrimas. Se las secó con el puño de la camisa y me dijo..., bueno, creo que se lo estaba diciendo a sí mismo: «Parece tan inofensiva, con su carita de ángel y su aspecto de nena, pero es poderosa, y fuerte, y decidida, y firme, y tan perfecta... Me hace sentir menos. Siempre me hace sentir en desventaja».

Ante esa declaración, Matilde cerró los ojos y tomó una inspiración sonora para reprimir el llanto.

—Entiendo a Eliah —afirmó Juana—. Yo me sentía igual con respecto a vos.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando, Juani? —Matilde se retrepó en la cama.

—Me sentía menos. Menos linda, menos buena, menos inteligente, menos todo. Pero te quería tanto... Te quiero, amiga, aunque estar cerca de vos no es fácil. Es como ser una luciérnaga, toda vanidosa y coqueta con su luz, y que de pronto se te ponga al lado el sol. En un segundo, pasaste a ser una mierda, una nada. Hay que decirse todo el tiempo: «Esta soy yo, así soy yo. Una luciérnaga hermosa. Matilde es Matilde. Matilde es el sol». Lo hablé mucho en terapia, y solo así logré comprender y digerir este sentimiento que me hacía sentir celosa, envidiosa, furiosa y culpable, todo al mismo tiempo.

—Por eso siempre estás de parte de Eliah.

—¡Es que lo comprendo tanto, Mat! ¡Es muy fácil para vos, que nunca cometés ni cometiste errores! ¡Pero yo sí lo entiendo! ¡Yo, que me paso la vida arrepintiéndome de las cosas que me mando!

—¡Yo también he cometido y cometo errores!

—¡Oh, Matilde, por amor de Dios!

—¿Acaso haberme casado con Roy no fue un gravísimo error? Juana, no pasa un día en que no lo recuerde y en que no me arrepienta de la pena que le causé por no ser honesta con él,

por haber permitido que el entorno me presionase. Fui una inmadura, una estúpida, y lo hice sufrir. ¿Acaso no cometí el peor error cuando le dije a Eliah que no lo respetaba y que no podía confiar en él? ¡No quiero pensar en cuánto daño le hice! ¡A mi amor! ¡Al amor de mi vida! ¡Estoy llena de defectos! ¡Vivo cometiendo errores! ¡Y por culpa de mis errores, perdí a Eliah! ¡Él ya no me quiere! ¡Ni siquiera esperó a que despertase! ¡Ni siquiera acepta hablar por teléfono conmigo!

Rompió a llorar con los ojos apretados y las manos en un puño sobre las piernas. Sus alaridos, que perforaron la quietud del hospital y atrajeron a Markov y a una enfermera, pulsaban en su herida del bajo vientre. Juana sacudió la mano para indicar que estaban bien.

—La señorita no puede alterarse de este modo. Le inyectaré un tranquilizante en el suero.

—No, enfermera —dijo Matilde con voz afectada—. Me calmaré, lo prometo.

Las dejaron solas de nuevo, y Juana la obligó a recostarse. Matilde levantó los brazos, haciendo caso omiso a la canalización, y abrazó a su amiga. Le dijo al oído:

—Cometí el peor error. Nunca, nunca me perdonaré no haber buscado a Jérôme antes de escondernos en el sótano. Me pareció verlo con Tabatha. Creí que estaba con ella. Y me confí. Dios mío, no me lo quites. No me lo quites.

—Eliah lo va a encontrar. ¿No podés darle aunque sea ese voto de confianza?

—Sí. —No se apartó de Juana al susurrarle—: Siempre quise ser como vos, Juani. —Su amiga intentó separarse, pero Matilde la sostuvo contra su cuerpo—. Siempre quise ser libre, y chistosa, y simpática, y mundana, y atractiva como vos. Cuando vos entrás en un lugar, con esa altura y ese porte, todos se dan vuelta para mirarte. Y cuando te ven sonreír, sus caras son como espejos de la tuya, y todos sonríen al mismo tiempo. Quería ser así, como vos, que llevás la alegría a todas partes. Vos viste cómo soy yo, más bien aburrida y lacónica.

—¿Lacónica? ¿De dónde sacás las palabras, amiga?

—No sé. Soy así, un anacronismo viviente, como decís vos.

—Te quiero, Mat, con toda mi alma.

—Y yo a vos, amiga de mi corazón. ¿Qué habría sido de mí sin vos y sin Eze?

Permanecieron abrazadas, cómodas y relajadas.

—Extraño mucho a Shiloah —murmuró Juana, y se apartó.

—Estás muy enamorada de él, ¿no?

—No sé, Mat. No puedo creer que ese judío panzón, con el mapa de Israel dibujado en la cara, al que están por volársele las últimas chapas que le quedan, me guste tanto. ¡Mi abuelo Kasem me va a degollar!

—Tu abuelo Kasem prácticamente no ve ni oye. No se dará cuenta de nada.

—Oh, sí que se dará cuenta. Viejo de mierda. Escucha y ve cuando le conviene.

Matilde se rio al evocar la imagen del anciano que había sido como un abuelo para ella, que les contaba historias de su tierra natal, Siria, y que les compraba *backlava* y otros postres árabes y se los daba a escondidas para que la madre de Juana no se los quitara con la excusa de que se cariarían los dientes.

—¿Y qué va a decir tu papá?

—¿Mi padre? Nada, ¿qué va a decir? Si es más bueno que el Quaker. Además, no te olvides de que es mapuche, y, por serlo, sabe bien lo que es el desprecio y la marginación, así que él no va a decir nada acerca del origen judío de Shiloah. Otra cosa es mi madre, tan orgullosa de su sangre árabe.

—No sé de qué te preocupás —expresó Matilde—. Aunque tu abuelo y tu mamá te declaren la guerra, vos vas a hacer lo que te dé la gana. Esa es otra de tus virtudes que tanto admiro, amiga querida, tu libertad. ¡Nunca la pierdas!

Por esa razón, porque Juana siempre hacía lo que quería, cuando Matilde por fin se decidió a buscar a Kabú en la habitación de Nigel Taylor, Juana manifestó que no pensaba acompañarlos.

—Si me topo con el pirata inglés —aseguró—, le voy a deformar el otro lado de la cara. Mejor me busco un teléfono público para llamar a mis viejos y a Shiloah. No entiendo por qué este celular de mierda sigue sin señal cuando tu celular, Eze, y los de La Diana y Markov funcionan la mar de bien. Telecom Argentina y la puta que te parió. —Con una media vuelta digna de una modelo de pasarela, se alejó por el pasillo.

Blahetter llamó a la puerta. Les abrió *sœur* Angelie, que levantó las cejas al ver a Matilde fuera de la cama.

—Nos dijeron que Kabú y tú estabais aquí, con Nigel —explicó Matilde.

—Pasad, pasad —invitó Angelie, y Matilde dudó, porque esperaba a que Taylor la autorizase. La religiosa actuó como si fuera la dueña de la casa y los urgió a entrar. Aunque la visitaba a diario, a Matilde aún le costaba aceptar la nueva estética de Angelie, sin el velo ni la clásica falda azul ni la camisa blanca, sino con vaqueros, polos o camisetas y zapatillas de deporte. El pelo corto le despejaba la cara, donde los grandes ojos captaban de inmediato la atención, incluso antes que su nariz larga, que le sentaba bien a las líneas más rectas que regulares de sus facciones. Matilde notó que, tras esos días dentro del hospital, la piel bronceada de Angelie, después de años cerca del ecuador, iba aclarándose, lo que marcaba un contraste con la tonalidad oscura de sus ojos.

Kabú, sentado en la cama, saltó al ver a Matilde y corrió a sus brazos, que lo esperaban extendidos.

—Despacio, los dos —los reconvino Angelie.

Kabú también visitaba a diario a Matilde, y siempre le preguntaba por Eliah y por Jérôme, lo que daba origen a una retahíla de mentiras, todas piadosas, para que no se amargara durante el proceso de recuperación. Aún le faltaban un par de cirugías para que su rostro adquiriese un viso de normalidad, y Matilde, como cirujana, conocía la importancia de mantener la moral alta en el paciente. Como todos los días, al estrechar a Kabú, el *enfant sorcier*, Matilde apretaba los labios y los párpados y elevaba una plegaria por Jérôme. Se pasaba el tiempo pensando en él, rezando por él, angustiándose por su suerte. A veces temía volverse loca o que el tormento que padecía desatase de nuevo el demonio que acechaba dentro de ella: el cáncer.

De tanto pensar en Jérôme, se daba cuenta de que sabía poco de él; por ejemplo, desconocía la fecha de su cumpleaños, si tenía un segundo nombre, el año exacto de su nacimiento. Al completar los papeles de adopción, su prima Amélie, la superiora de la Misión San Carlos, le explicó que un porcentaje muy bajo de los congoleños, en general los que viven en las ciudades grandes como Kinshasa y Kisangani, cumplían con la obliga-

ción de inscribir a sus hijos al nacer, por lo que resultaba difícil encontrar a alguien con documento de identidad.

Terminó de abrazar y de besar a Kabú, de responder a sus preguntas y de mirarle las vendas y las cicatrices, y levantó la vista hacia Taylor. Kabú se deshizo de su abrazo y regresó a la cama, con el inglés.

—Hola, Nigel.

—Hola, Matilde. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Algo maltrecho —dijo, y la parte de su boca que la venda no ocultaba, la derecha, se curvó en una sonrisa, que se deformó enseguida en una mueca que transmitía dolor.

—¿Te duele, Nigel? —se preocupó Kabú, y se inclinó para mirarle el ojo sano.

—Un poco.

Sœur Angelie se acercó con una expresión de ansiedad que sorprendió a Matilde.

—¿Qué quiere que haga, señor Taylor? ¿Llamo a la enfermera? ¿Le acerco el vaso para que beba un poco de agua?

—No, Angelie. No se preocupe. Ya pasará.

«¿Angelie?» Matilde seguía pasmada mientras observaba a la religiosa acomodando las almohadas bajo la cabeza de Taylor; la monja lo instaba a tomar líquido y lo animaba asegurándole que en menos de quince minutos le renovarían la dosis del calmante.

—¿Sabes, Matilde? Nigel me ha dicho que cuando dejemos el hospital me llevará en su avión a visitar Londres. —Matilde movió la vista hacia Taylor, que se la sostuvo con el único ojo que se le veía, el derecho—. También ha invitado a *sœur* Angelie. Y ella ha dicho que irá.

—Kabú —habló la religiosa, y Matilde percibió un timbre nervioso en su voz—, es hora de volver a nuestro pabellón. Tienes que recostarte y dormir un poco antes del almuerzo. Ya sabes lo que dice el doctor Van Helger acerca de recobrar las fuerzas para la próxima cirugía.

El *enfant sorcier* no se mostró inclinado a abandonar a su amigo; no obstante, se bajó de la cama, farfulló un «nos vemos más tarde», besó a Matilde y se marchó con su tutora.

—Por favor —habló Taylor, y se dirigió a Ezequiel Blahetter—, acerque esas sillas y siéntense cerca de la cabecera.

Ezequiel acercó una silla para Matilde y dijo que volvería a buscarla en unos minutos. Al marcharse, dejó la habitación sumida en un silencio incómodo.

—Me ha dicho *sœur* Angelie —habló Matilde, en voz baja— que te han salvado el ojo izquierdo. Me alegro.

—Sí, el ojo se ha salvado. Aunque tengo el pómulo y la mandíbula deshechos.

—¿Qué te ha dicho el cirujano?

—Van Helger sostiene que, con las cirugías, debería quedar, no como antes, pero muy decente.

—Me alegro.

—¿Tú cómo estás? Te noto muy deprimida. —Matilde levantó la vista y la fijó en la de Taylor, que se aplastó contra la almohada al percibir su animosidad—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

Matilde sacudió la cabeza varias veces para negar.

—Discúlpame, Nigel, es que todo esto ha sido muy duro. ¿Sabes que Jérôme ha desaparecido?

—¿Jérôme, desaparecido? *Sœur* Angelie no me ha dicho nada. Y sé que habla a menudo con la misión.

—Tal vez Amélie no se lo ha comentado para no angustiarla.

—Tal vez. ¿Qué pasó? ¿Cómo fue?

—Ocurrió ese día, el del ataque. Me hirieron cuando salí a buscarlo, cuando me di cuenta de que no estaba entre los niños. Los hombres de Eliah lo buscaron por todas partes. Todavía siguen buscándolo y no dan con él.

Matilde se echó a llorar. Agradeció que, a diferencia de Juana y de Ezequiel, Taylor no intentara consolarla ni le pidiera que no llorase. El hombre se mantuvo callado y al margen, a la espera de que ella sacase fuera la pena que la corroía.

—Discúlpame, Nigel, no he podido evitarlo. Estoy tan angustiada y preocupada. No sé dónde está, con quién está. Son tantas las cosas que podrían estar sucediéndole... A veces creo que me volveré loca. ¡No soporto estar aquí, echada en una cama, sin hacer nada!

—Dices que los hombres de Al-Saud están buscándolo. —Matilde asintió, sin mirarlo—. Tienes que confiar en él. No tengo duda de que lo encontrará.

Los ojos de Matilde se encendieron con la animosidad inicial. Taylor no se amedrentó, sino que manifestó con ecuanimidad:

—Salvó mi vida, Matilde. Arriesgó la de él y me salvó. Me arrastró de la línea de fuego, exponiéndose de modo insensato, y me trajo hasta aquí.

Matilde sabía, porque sus amigos se lo habían contado, que Taylor había viajado con ella en el Jumbo de Mercure. Desconocía el papel de Al-Saud en el rescate del inglés.

—No lo sabía —confesó—. No he hablado con Eliah desde... Desde que rompimos la noche del jueves 27 de agosto, la noche del día en que tú me hablaste acerca de tu esposa.

—Lo siento —dijo, y evitó el contacto visual para ocultar la vergüenza—. ¿Terminaste con él por lo de Mandy?

—Él terminó conmigo. Sí —ratificó Matilde, ante el gesto desorientado de Taylor—, me dejó, cansado de mis reproches, de mis dudas, de mi desconfianza. —Tras una pausa, expresó—: Eliah me juró que la historia entre él y tu esposa fue distinta de lo que me referiste.

—¿Qué te dijo? —Matilde dudó en entrar en detalles; no quería herir a un hombre que yacía en una cama de hospital con la mitad del rostro destrozado—. Habla, no tengas miedo. Dime qué te dijo.

—Que fue ella quien lo persiguió hasta conseguir que se convirtiesen en amantes.

—Es verdad.

—¡Tú me dijiste que él la había asediado hasta hacerla claudicar!

—Te mentí, y lo hice para alejarte de él.

—Dios mío, Nigel.

—Una tarde, después de un partido de tenis, Mandy aguardó a que yo saliese del vestuario y se metió en el baño donde Eliah estaba duchándose. Así comenzó todo.

—Oh, no —sollozó Matilde.

—Mandy padecía un trastorno del estado de ánimo llama-

do bipolaridad. Aunque estaba medicada, las drogas no parecían surtir efecto. Su condición la llevaba a pasar de estados de euforia a fuertes depresiones. Al-Saud no lo sabía. Yo nunca hablaba del problema de mi mujer con nadie porque me avergonzaba. No soportaba la idea de que ella no fuera feliz conmigo, de que yo no le bastase.

—¡Estaba enferma! Se trataba de un desorden químico. Tú no tenías la culpa.

—Yo no lo entendía así. Mandy no aceptaba su enfermedad y yo tampoco. Iba a terminar mal, con o sin la injerencia de una tercera parte, que, en este caso, fue Al-Saud. Me resultó fácil tomarlo como chivo expiatorio. Dirigí mi odio hacia él porque no sabía a quién dirigirlo. Yo amaba a Mandy, pero ella estaba enferma y yo no quería admitirlo.

—Fui tan injusta con Eliah. No le creí cuando me aseguró... —Matilde rompió a llorar de nuevo al evocar la cara de desorientación y de miedo de Al-Saud cuando ella le pidió que le hablase de Mandy Taylor. Lo había acorralado como a un animal para azuzarlo con una pica.

Al calmarse, se secó las lágrimas con un pañuelo de papel que halló en la mesa junto a la cama de Taylor. Lo hizo con movimientos lánguidos y pausados, acompañándolos con una respiración profunda que le llenaba los pulmones por completo. Al espirar, se deshacía hasta del último centímetro cúbico de aire, para lo cual apretaba el estómago, como le había enseñado Al-Saud.

—Tú pusiste las fotos de Gulemale y de Eliah en mi taquilla, ¿verdad?

—Sí —respondió el inglés sin dudar, con voz clara.

—¿Cómo las conseguiste?

—Gulemale me las dio.

Matilde se puso de pie, se acercó a la cama y apretó la mano de Nigel Taylor.

—Gracias por haberme dicho la verdad.

—Perdóname, Matilde.

—Te perdono.

El móvil de Markov rompió el silencio del pasillo.

—*Allô?*

—Soy yo, Markov. Al-Saud.

—Sí, jefe.

—¿Cómo está ella?

—Muy bien. Hoy se ha levantado y ha caminado por el hospital.

—¿Está ahí, contigo?

—No —dijo Markov, y algo en la negación cortante del ruso extrañó a Eliah.

—¿Matilde está en su habitación?

—No.

—¿Dónde mierda está, Markov?

—Está visitando al señor Taylor.

—Gracias, Markov. Mantenme informado.

—¡Jefe!

—¿Qué pasa?

—La señorita Matilde me ha pedido que le diga que necesita hablar con usted. —El mutismo de Al-Saud incomodó al guardaespaldas—. Dice que es por Jérôme, que no le quitará tiempo.

«Por supuesto, por Jérôme», se amargó Al-Saud.

—Dile que no hay novedades. —Cortó la llamada sin darle tiempo a Markov para insistir.

Apoyó los codos sobre su escritorio en el estudio de su hacienda de Ruán y apretó el móvil contra los labios hasta sentir la presión de los dientes en la carne. Había telefoneado dos veces en lo que iba de jornada para preguntar por Matilde, y con cada llamada su herida se abría y su corazón se desgarraba.

Casi le dio por reír. De nuevo se hallaba en el punto de partida, como en un juego macabro en el que, después de haberlo ganado todo, lo perdía por culpa de una tirada desafortunada de dados. Sin embargo, en esa oportunidad abandonaría el juego; no volvería a probar suerte. La amaba desesperadamente; la necesitaba para sentir que vivía; la echaba tanto de menos que le dolía el pecho de contener el aliento. Con todo, no caería en la tentación. Solo su orgullo, el que le impedía volver a ella, lo mantenía entero, a pesar de que esa simple lla-

mada a Markov casi lo había pulverizado. Estaba con Taylor y solo quería comunicarse con él para hablar de la suerte de Jérôme.

—*Merde!* —exclamó, y salió del estudio como una ráfaga.

No atravesaría por la misma agonía de finales de marzo. No quería. Se resistía a caer en el estado de ánimo tumultuoso que amenazaba con robarle la cordura. En la caballeriza, pidió que le ensillasen a Royal Kelly, el semental más brioso y resabiado de su caballada, cuya estructura robusta, de pecho fuerte, y su gran alzada ponían de manifiesto la pureza de su sangre frisona. El animal, caprichoso y excitable, abandonó el recinto de la hacienda al galope, soliviantado por los gritos del jinete. «Tal vez», meditó Al-Saud, con sarcasmo, «esté buscando romperme el cuello». Algo similar comentaron los empleados y el veterinario al verlo partir.

Regresó más tarde, cuando ni el cuerpo de él ni el de la bestia admitían un nuevo metro de recorrido. Exigió al empleado que diese a Royal Kelly una cepillada vigorosa y doble ración de avena. Le palmeó la cruz y enfiló para la casa. Laurette, la esposa del administrador, el japonés Takumi Kaito, le preparó el *jacuzzi*. A pesar de que tenía un humor de perros, la dejaba revolotear y echar sales y aceites en el agua tibia mientras le explicaba los beneficios de la melisa y de la bergamota, porque sentía afecto por la mujer. Sin embargo, cuando su *sensei* apareció en el umbral del dormitorio y le indicó a Laurette que lo acompañase, Eliah se sintió agradecido. Cruzó una mirada fugaz con Takumi Kaito, que, por breve, no dejó de ser intensa y elocuente.

Al día siguiente, lunes 14 de septiembre, habría debido regresar a París y ocuparse del sinfín de cuestiones que lo aguardaban en las oficinas que Mercure mantenía en el Hotel George V, sobre todo si tenía en cuenta que sus socios, Tony, Peter y Mike, estaban en el Congo a cargo de la seguridad de la mina de coltán. Sin embargo, al levantarse y observar el paisaje desde la terraza de su dormitorio, decidió quedarse y trabajar en el estudio. Estuvo a punto de sucumbir a un recuerdo: Matilde llorando en sus brazos en esa misma terraza, mientras le confesaba que su padre había pasado varios años en prisión por fraude. La

escena casi logró quitarle la energía con que se había levantado. Gracias a la cabalgada de la tarde anterior, había dormido siete horas sin interrupción.

Se vistió con ropas ligeras y abandonó el dormitorio en busca de una taza de café cargado. Desde el pasillo, incluso antes de alcanzar la escalera, lo envolvió el aroma de las magdalenas y de los croissants, las especialidades de Laurette. Inspiró profundamente y percibió que la boca se le llenaba de saliva. Halló al matrimonio Kaito en la cocina. Ambos leían; él, un periódico, ella, una revista del corazón. Lo esperaban para desayunar con la mesa puesta y jacintos violeta en un florero, cuyo perfume quedaba sepultado bajo el peso del aroma de las masas que se horneaban. Desde su llegada el sábado por la tarde no habían compartido ninguna comida, a pesar de que lo habían invitado varias veces a su casa, alejada unos metros de la principal. Resultaba obvio que no admitirían una nueva negativa.

El café le supo a gloria y engulló dos croissants tibios casi sin masticarlos. Confirmó que volvía a tener apetito, después de días de llevarse la comida a la boca en un acto mecánico. En tanto Takumi y Eliah daban cuenta de las pastas, de la fruta y de los huevos revueltos, Laurette hablaba como una radio.

—Mira, Eliah. Estaba hojeando esta revista y he visto algo que me gustaría mostrarte. —La abrió en una página marcada y la deslizó a través de la mesa—. ¿No crees que esta modelo tiene un cierto parecido con Matilde? Se llama Céline.

Al-Saud cesó de masticar y levantó la revista. No analizó lo que Laurette le indicaba, sino que leyó el titular y la entrada del artículo. «La escandalosa Céline. Fue expulsada de una conocida discoteca del *Troisième Arrondissement* por protagonizar una pelea con la modelo inglesa Liza Hamilton.» Eliah leyó el artículo para conocer los detalles. El episodio había sucedido diez días atrás. El periodista insinuaba que Céline estaba pasada de drogas y de alcohol. Su antiguo agente, Jean-Paul Trégart, había pagado la fianza para sacarla de la cárcel.

—Eliah, ¿no te parece que tienen un aire?

—¿Cómo?

—Sí no crees que esta modelo es parecida a Matilde.

—No, Laurette, no se parecen en nada, a pesar de ser hermanas.

—¡Oh!

Laurette no atinó a seguir indagando. Al-Saud, revista en mano, abandonó la cocina y se encerró en su estudio. Llamó a Trégart a su apartamento de la avenida Charles Floquet. El hombre le contó que, la madrugada en que él y su abogado sacaron a Céline de la comisaría, la internaron en una exclusiva clínica de rehabilitación.

—Ayer —manifestó Trégart—, llamaron para avisarme de que se había escapado.

Al-Saud masculloó un insulto por lo bajo.

—¿No han podido localizarla?

—No. No puedo comunicarme con ella y no está en su apartamento.

Al-Saud dejó sendos mensajes en el móvil de Céline y en su casa. Apenas transcurridos tres minutos, Céline le contestó.

—¿Dónde estás?

—¿Quieres verme? —preguntó la modelo con sensualidad.

—Estoy de viaje. ¿Tú dónde estás?

—En un lugar secreto, donde nadie pueda encontrarme.

—Dímelo.

—¿Vendrás?

—No puedo, estoy de viaje, ya te lo dije.

—¿Te gustaría verme?

—No me gustaría verte drogada ni borracha.

—¡Empiezas a aburrirme como Jean-Paul!

—Nos preocupamos por ti.

—¿Sí? ¿Te preocupas por mí, cariño? ¿Eso significa que me quieres?

—Claro.

—¿Más que a Matilde?

—Ya sabes que Matilde y yo terminamos. —No había previsto cuánto le costaría pronunciar esas palabras. Contuvo el aliento a la espera de la reacción de Céline, que llegó tras una pausa.

—Me alegro. Si no, ya sabes qué destino le habría tocado a mi hermanita.

Al día siguiente, de regreso en París, Al-Saud se presentó en las oficinas de Mercure a primera hora. Sus secretarías, Thérèse y Victoire, le recordaron las reuniones y los compromisos de ese martes y tomaron nota de los encargos del jefe. Antes de regresar a su escritorio, Thérèse volvió sobre sus pasos.

—Señor, ayer, a última hora, telefoneó un señor... —la mujer consultó su libreta—, Falur Sayda. No quiso mencionar el asunto de su llamada. Simplemente me pidió que le dijese que había llamado.

—Está bien, Thérèse. Yo me ocuparé.

Falur Sayda era el hombre de confianza de Yasser Arafat en París, una especie de embajador en Francia de la Autoridad Nacional Palestina. A finales de enero, a dos días de iniciarse la Convención por el Estado Binacional, Sayda había organizado una cena con los miembros de Al-Fatah y Al-Saud, durante la cual se mencionaron varios proyectos que el *rais* Arafat deseaba que Mercure llevase adelante. Al-Saud no había dado crédito a las conversaciones porque conocía la situación en la que se encontraban los gobernantes palestinos. Después de cuatro años de haberse hecho cargo de la Franja de Gaza y de Jericó, tras el acuerdo firmado el 4 de mayo de 1994 en El Cairo entre la OLP (Organización para la Liberación de Palestina) y el Estado de Israel, la coyuntura política era adversa para Arafat. Muchas voces, entre ellas la del premio Nobel de Literatura Sabir Al-Muzara, se levantaron en contra del acuerdo porque sostenían su parcialidad: se concentraba en el tema de la seguridad de los asentamientos israelíes y dejaba de lado temas relevantes como el cumplimiento de las resoluciones de la ONU por parte de Israel y el problema de los refugiados palestinos. Sin embargo, las potencias europeas y Estados Unidos lo vivían como un triunfo de la diplomacia, y premiaban a Arafat con cuantiosas donaciones y créditos flexibles. De hecho, en pocas semanas se inauguraría el Aeropuerto Internacional de Gaza, al sur de la Franja, cuya construcción se financiaba con el dinero aportado por varios países, sobre todo España, Egipto y Arabia Saudí.

Falur Sayda contestó la llamada apenas su secretaria le

informó de que el señor Eliah Al-Saud se encontraba en la línea.

—Alteza —lo saludó Sayda, desprovisto de sarcasmo, con solemnidad.

Al-Saud revoloteó los ojos en señal de hastío. No importaba cuántas veces le pidiese al político palestino que lo llamase sencillamente por su apellido. Para Sayda, Eliah era nieto del fundador de Arabia Saudí, el gran rey Abdul Aziz Al-Saud, y por tanto, un príncipe. Al final, acordaron almorzar al día siguiente en el restaurante del George V.

Victoire anunció la llegada del doctor Lafrange, el abogado de Al-Saud, y le franqueó la entrada al despacho de su jefe. Eliah le estudió el semblante, en un intento por descubrir si le traía buenas o malas noticias acerca del juicio iniciado meses atrás contra la revista *Paris Match*, que había coronado a Al-Saud con el mote de «rey de los mercenarios».

—El juez nos ha dado la razón en todos los puntos de nuestra demanda. —Al-Saud sintió regocijo y pensó en Matilde, en que podría desagraviarse frente a ella—. Sin embargo, *Paris Match* ha apelado la sentencia.

—¿Qué probabilidades hay de que el Tribunal de Apelación revoque la sentencia inicial?

—Difícil predecirlo. La apelación está en manos de un juez conocido por su imparcialidad y su conocimiento profundo de la ley. Hemos tenido suerte en ese sentido. Pero no puedo predecir nada. Lo siento, señor Al-Saud.

—Sabíamos que esto podía pasar. ¿Cuántos meses tendremos que esperar?

—Si el Tribunal de Apelación acepta la demanda de apelación de *Paris Match*, podría resolverse en unos tres o cuatro meses. —Al ver el gesto de fastidio de su cliente, Lafrange se apresuró a manifestar—: De todos modos, no creo que logren nada porque dudo que puedan demostrar la veracidad de lo que afirman. Su comandante durante la guerra del Golfo, el coronel Amberg, no solo dejó en claro que el bombardeo al búnker en Amiriyah no había sido una decisión caprichosa suya, sino que se explayó para calificarlo a usted como uno de los mejores pilotos de la fuerza. Lo pintó como un héroe nacio-

nal y mencionó sus condecoraciones. —Lafrange suspiró—. No debemos preocuparnos. La fuente de *Paris Match* no apareció en la primera instancia; no creo que lo haga en la segunda.

—No, no lo hará. —La seguridad impresa en la contestación de Al-Saud pasmó al abogado, que no se atrevió a preguntarle, algo cohibido por la intensidad con que su cliente fijó la mirada en un punto y se perdió en sus cavilaciones. Al-Saud pensaba en Nigel Taylor. Desde el instinto sabía que el inglés no volvería a traicionarlo, al menos no en los tribunales. Matilde era harina de otro costal.

Esa noche tampoco la apartó de su cabeza mientras cenaba con su amigo Edmé de Florian, antiguo compañero de *L'Agence* y actual agente de la DST (*Direction de la Surveillance du Territoire*), el servicio de inteligencia nacional francés. Y no la apartó un instante de su mente porque Edmé y él hablaron principalmente de Udo Jürkens, a quien se acusaba de varios asesinatos y de intentar secuestrar a Matilde en la Capilla de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa a fines de febrero.

—¿Qué? —se pasmó De Florian.

—Como lo oyes. Ese hijo de puta de Jürkens estaba en la misión de mi prima Amélie la tarde en que los rebeldes la atacaron. Según Juana, la amiga de Matilde, él la salvó al quitarla de la línea de fuego y llevarla al interior de la casa para que no se desangrase.

Edmé de Florian sacudía la cabeza y abría mucho los ojos.

—Y así, sin más, ¿desapareció? —El agente de la DST no daba crédito a la historia. Al-Saud asintió antes de preguntar:

—¿Tus hombres han avanzado en la investigación?

—Le seguimos el rastro hasta el País Vasco. Ahí se diluyó la pista.

—Debe de contar con amigos entre los etarras. No olvides que es un terrorista de la vieja guardia, de la época de Baader-Meinhof, y debe de estar conectado con muchos grupos.

—¿Dónde se esconderá ahora? —se preguntó De Florian.